

Los enfermos nos evangelizan

Jesús Burgaleta

1. La fuerza evangelizadora del enfermo

El enfermo encierra en su misma situación una dinámica de humanización y de evangelización inmensa. ¡Hay que dejarse evangelizar y humanizar por los enfermos! Esta energía evangelizadora podríamos concretarla en los siguientes puntos:

1.1. Testimonio de la limitación existencial

El enfermo plantea al sano el drama fundamental de la existencia humana: la limitación, la debilidad y la apertura a la nada / desaparición / destrucción.

La misma realidad del enfermo impulsa a asumir la propia realidad del hombre en la historia, a tomar conciencia no equivocada ni alienada de sí, a medirse sin engaños, a asomarse al misterio del sentido y del sin-sentido de la vida y a realizar la apertura a la esperanza desde la “sensata” desesperanza.

El encuentro con la realidad del enfermo ayuda a enfrentarse consigo mismo, en la soledad radical de la existencia, sin el truco de escondernos en los otros para no enfrentarnos con nosotros mismos. El enfermo es el testigo de que uno es intransferiblemente uno mismo y que hay que asumir la indeclinables soledad de ser “yo” y de tener que afrontar solo las realidades más decisivas de la existencia: el hombre, en última instancia, siempre se muere solo.

1.2. Testimonio de lo que es relativo y de lo que verdaderamente importa

El enfermo pone ante los sanos cada cosa en su sitio. Lo importante, como importante, lo relativo como secundario. La enfermedad y la muerte dan razón a la propuesta evangélica: “Buscad primero que reine su justicia, y todo eso se os dará por añadidura” (Mt. 6,33), o “¿de qué le sirve a uno ganar el mundo entero, si malogra su vida?” (Mt. 16,26).

El enfermo pone la piqueta a los cimientos de las casas de los que debían vivir en tiendas de campaña, pues son peregrinos. Llama a desinstalarse, a desarraigarse, a estar constantemente en el camino, ligeros de equipaje (Mt-24,37-42)

El enfermo supone la inversión de la escala de los valores, colocando cada cosa en su verdadera perspectiva y entronizando el valor absoluto de “ser persona” por encima de toda otra consideración o estima. La dignidad del hombre reside en lo que puede llegar a “ser”. Ésta es la “tarea” fundamental del hombre sano y del enfermo. Es precisamente en la enfermedad donde se barre la hojarasca, cuando aparece con más claridad el quehacer de la existencia: alumbrarse como persona.

1.3. Testimonio de la responsabilidad de la salud

Toparse con el enfermo es una llamada a la vigilancia, a trabajar sin descanso en la construcción de la vida mientras hay tiempo.

La enfermedad ayuda a estimar la vida, a desarrollar sus talentos, a disfrutarla a tope. “¡Estad en vela!” (Mt 25,13). Empuja a desarrollar la vida como ella es y como la misma vida pide: en la gratuidad. El valor de la vida personal está más allá del fruto que pueda producir o de la utilidad que se pueda sacar. “Vivir a tope” se consigue más allá de la productividad, la utilidad, la eficacia y aun la capacidad física. El enfermo nos llama a vivir desesperadamente, pero entregados a la gratuidad de la existencia: a vivir la vida como “don” y a realizarla como “donación”.

1.4. El enfermo es el necesitado

La persona enferma es, ante los demás seres o la comunidad cristiana, el “mas” necesitado y, por lo tanto, el primero al que tiene que atender la praxis del amor. Por eso, en la misma realidad del enfermo se encuentra el eco del evangelio que:

✧ Llama a tener sensibilidad ante la necesidad del otro

El enfermo apela a la “misericordia”, a la conmoción del corazón ante la miseria del otro. “Viendo al gentío, le dio lástima de ellos” (Mt 9,36); “aprended lo que significa: corazón quiero y no sacrificios” (9,13). Gracias al enfermo podemos educarnos en la disposición para captar la necesidad de los demás, conmovernos ante ellos y entrar en una relación de “compasión”: de hacerse compañero del enfermo para llevar junto con él el padecimiento que le oprime.

✧ Llama a la solidaridad humana

La sensibilidad ante el enfermo lleva a solidarizarse con él, da la oportunidad y la posibilidad de “ser prójimo”. Ante la pregunta que tantas veces se hacen los sanos: ¿quién es “mi prójimo”? el enfermo responde: “el prójimo eres tú para mí si me atiendes” (Lc 10,25-37). El prójimo es el que cumple el mandamiento del amor. Es el mismo enfermo el que nos descubre y nos da la oportunidad de “ser prójimo”. Porque la actitud humana y cristiana ante el enfermo es pararse, atender, cuidar, no el pasar de largo. Esos que están aparcados en la cuneta de la vida, porque no sirven para nada, son la tarea que han de hacer los que andan por el camino, si es que quieren progresar por él.

✧ Llama al ejercicio del amor desinteresado

Atender al enfermo, como él lo pide, es el ejercicio del amor olvidado de sí; el enfermo nos da la oportunidad de entregarse sin esperar nada a cambio; a veces, el final de la entrega al enfermo es la desaparición por la muerte del mismo objeto del amor. Juan Pablo II recuerda con justeza: “el mundo del sufrimiento humano invoca sin pausa otro mundo: el del amor humano... desinteresado” (Salvifici Doloris 29).

2. La acción evangelizadora de la comunidad

2.1. En la acción de la comunidad se hace presente la misma acción de Dios y de Cristo para con el enfermo.

“Como el Padre me ha enviado os envío yo también” (Jn 20,21). “Id por el mundo entero pregonando la buena noticia a toda la humanidad... aplicarán las manos a los enfermos y quedarán sanos” (Mc 14,15.18; Mt. 10,1).

El discípulo de Jesús ve en el necesitado-enfermo el mismo rostro de Dios: “estuve enfermo y me visitaste... os lo aseguro: cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos más humildes, lo hicisteis conmigo! (Mt 25,35.40). Este dicho del evangelio se vuelve del revés también: “cuando vosotros ayudasteis a alguien enfermo, yo lo estaba ayudando por vosotros”. Cuando Pedro cura al paralítico en la Puerta Hermosa del Templo lo hace “en nombre de Jesús” y dice del pueblo admirado: “¿por qué nos miráis como si hubiésemos hecho andar a este con nuestro propio poder o virtud?” (Hech 3, 6.12). En la acción del discípulo a favor del otro está presente el mismo vigor o acción de Dios.

En la ayuda de la comunidad aparece la misma actuación de Dios que en medio de la enfermedad está presente amando, consolando, dando fuerzas, suscitando la confianza y el coraje...

2.2. La comunidad, ayudando al que más lo necesita, está anunciando en acto la Buena Noticia de que:

✧ **El evangelio es anunciado a los pobres:** “los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen... y a los pobres se les anuncia la Buena Noticia” (Mt 11, 15). Anuncio del evangelio y atención a los enfermos está esencialmente unido (4, 23; 9, 35 – 10, 1). El evangelio del amor anuncia el servicio a todos, pero antes y primero al que más lo necesita.

Cuando la comunidad atiende a sus enfermos está cumpliendo su primera tarea evangelizadora: “Cristo recorría las ciudades y aldeas curando todos los males y enfermedades *en prueba de la llegada del Reino*” (Vat. II, Decreto. Act. Mision. N° 12). El estar junto al que más lo necesita es el signo escatológico de la presencia de Dios amando al hombre.

Por eso, en la Iglesia, la atención al que más lo necesita es **lo primero**: “La misericordia para con los necesitados y enfermos y las llamadas obras de caridad y ayuda mutua para aliviar todas las necesidades humanas son consideradas por la Iglesia con singular honor” (Vat. II, AA 8). Los presbíteros deben tener para los enfermos “La mayor solicitud” (Vat. II. PO 6). Los discípulos muestran “a Cristo curando a los enfermos y pacientes” (Vat. II, LG 46).

✧ **El evangelio es una praxis de fraternidad, comunión y preocupación mutua.** En la comunidad cada enfermo es “nuestro enfermo”, por la pertenencia mutua. En el Cuerpo de la Iglesia “si un miembro sufre en algo, con él sufren todos los demás”. (e.l., n° 7). La ayuda al enfermo es un ejercicio de la comunión eclesial -“alegraos con los que están alegres, llorad con los que lloran” (Rom. 12,15)- y una invitación al enfermo a establecer una más profunda comunión con la comunidad. “Una de las grandes ocasiones para testimoniar que la Parroquia es una comunidad de amor la ofrece la enfermedad de uno de sus miembros, durante la cual, los lazos que vinculan... adquieren un sentido nuevo que deben ser robustecidos por el amor, pues, como dice el Apóstol: “si padece un miembro, todos los miembros padecen con él” (I. Co. 12, 26)” (Introduc. Al Rit. De la Una. De los Enfermos, n° 57, d.).

2.3. Respecto de los enfermos, en general, la comunidad ha de tener en cuenta estos aspectos evangelizadores:

2.3.1. Evangelizar la experiencia de Dios en medio de la enfermedad

✧ **Dios no envía la enfermedad.** Una concepción así de Dios puede impulsar hasta a su negación.

✧ **Liberar de la unión ancestral y mágica entre el pecado/culpa – castigo de Dios – enfermedad.** Es lo que refleja el dicho común: “¿Dios mío, qué he hecho yo para mereces esto?” “Maestro, ¿quién tuvo la culpa de que naciera ciego, él o sus padres?” Hay que contestar rotundamente: “ni él ni sus padres”. (Jn 9,2-3; Lc. 13, 1-5). La enfermedad no es una pena infligida por Dios para pagar el castigo merecido por la culpa. Dios no da bien por bien o mal por mal. El Dios de Jesucristo está muy lejos de lo que dice el amigo de Job: “Por lo que si siempre los que aran la iniquidad y siembran la desventura, la cosechan” (Job. 4,8). No es verdad ese barrunto que tiene la gente, y que genera tantas prácticas rituales: “si me pongo a bien con Dios, puede cambiar mi suerte”. Uno no tiene que convertirse porque esté enfermo, aunque un enfermo también esté llamado a convertirse en el transcurso de su enfermedad. (Cuidado con la pastoral que se aprovecha de esta relación “pecado-enfermedad” para conseguir una conversión).

✧ **Liberar de la actitud mercantilista en la relación del enfermo con Dios:** huyendo del “do ut des” y del comportamiento no cristiano del “hacer méritos”: hay quienes son incitados a ofrecer sus sufrimientos para alcanzar “méritos” para sí o para los demás.

✧ **Liberar de la imagen sádica de Dios.** Dios busca el bien y la felicidad del hombre y su comportamiento, también con el enfermo, sigue siendo de amor y de Padre. Dios ni se agrada, ni se aplaca, ni se conmueve por el sufrimiento humano. Hay que ayudar a superar el “dolorismo” tan extendido en la espiritualidad cristiana a causa de unas determinadas explicaciones teológicas de la Cruz y de la Redención por el sufrimiento. La “redención” no se alcanza por el sufrimiento, sino por la “fidelidad” al designio de Dios, mantenida aunque produzca sufrimiento. En consecuencia, hay que liberar del comportamiento masoquista que llega hasta a gozarse y a provocar el sufrimiento para agradar a Dios.

✧ En última instancia hay que **ayudar a liberarse de un Dios que prueba al hombre con el sufrimiento.** “La prueba” es el estado permanente en el que se desarrolla la existencia humana. En ella se plantea la alternativa de seguir “mi propio camino” o aceptar el proyecto de Dios sobre mi vida. Esta alternativa está presente tanto cuando uno es feliz como cuando está en situación adversa. Lo que ocurre es que en la adversidad se hace más patente esta disyuntiva y la persona se siente más atraída a mirar para sí abandonando el proyecto de Dios sobre su vida. Por eso, cuando en medio de la enfermedad uno se ha mantenido fiel a Dios, a pesar de la tentación de mirar sólo para sí para intentar salvarse, uno puede decir: “he sido probado y he permanecido fiel, o que la enfermedad es una prueba”. Es lo que expresa S. Pablo: “Estamos también orgullosos de las dificultades, sabiendo que la dificultad produce entereza, la entereza calidad, la calidad esperanza”. (Rom 5,3).

La enfermedad no es un signo de la elección de Dios. Todo, la enfermedad y la salud, concurre al bien de los que Dios ama, si en ellos se edifica positivamente la vida. Y para que podamos crecer Dios está comprometido con el hombre en cualquier estado en que se encuentre, por supuesto, también cuando está enfermo. “Sé vivir con estrechez y tener

abundancia; ninguna situación tiene secretos para mí, ni estar harto, ni pasar hambre...; para todo me siento con fuerzas, gracias al que me robustece” (Fil. 4,12-13).

2.3.2. *Evangelizar en medio de la enfermedad la imagen de Cristo*

✧ *Descubrir que Jesús está en contra del sufrimiento provocado por la responsabilidad de los hombres.* Su actividad fue encaminada también a luchar contra este sufrimiento: luchó contra la marginación cualquiera que ella fuera (Mt. 8,2-17; 9,9-13), se enfrentó a todo lo demoníaco, como expresión del mal del mundo (Mt. 8,28-34) y se conmueve para realizar una praxis liberadora “del pueblo maltrecho y derrengado como ovejas sin pastor” (Mt 9,36). Jesús proclama “dichosos a los que sufren”, es decir; los que tienen conciencia del sufrimiento provocado y luchan con sufrimiento para salir de él y ayudar a salir a los demás, “estos van a recibir consuelo” (Mt 5,4). Este es el sufrimiento con sentido. (L. Boff, el sufrimiento nacido de la lucha contra el sufrimiento, en Concilium 119 (1976)313-327).

✧ *Redescubrir a Jesús como perdido, desamparado, confuso ante la realidad de su propio sufrimiento.* Asumir sin escándalo la actitud de Jesús que orando le dice a Dios: “Si quieres, aparta de mí este trago... Al entrarle la angustia se puso a orar con más insistencia. Le chorreaba hasta el suelo un sudor parecido a goterones de sangre” (Lc 22,42-45). Mateo habla de que “se entristeció y angustió” (Mt 26, 37). Y en la Cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (27, 46). “Ofreció en los días de su vida mortal ruegos y súplicas, con poderoso clamor y lágrimas, al que podía salvarle de la muerte”. (Heb 5,7-9).

✧ *Aprender de Jesús a sobreponerse, a hacerse dueño de las situaciones irremediables y a asumir con entereza lo que no tiene remedio porque no depende ya de nosotros:* “Me muero de tristeza... sin embargo, no se haga lo que yo quiero, si no lo quieres tú” (Mt 26, 38-39). Y lo que Dios quiere es que el hombre aguante el tipo y sea fiel a la trayectoria de su vida aun en la enfermedad, la muerte. El abandonado, sigue esperando cuando no hay ningún motivo para ello: “Jesús gritó muy fuerte: Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu. Y dicho esto, expiró”. (Lc 23, 45-46). Jesús muestra en medio del descalabro del sufrimiento y la muerte, cómo se puede vivir constructivamente, con esperanza, el mismo derrumbamiento de la vida.

✧ En Jesús aparece algo muy importante: sólo construye el sufrimiento cuando es asumido y nace de la fidelidad del servicio a los demás. El designio de Dios para el hombre es el amor: el que permanece amando aun en el sufrimiento y la enfermedad, sigue construyéndose como persona y creciendo a pesar de que disminuyan las fuerzas físicas y se apague la vida biológica. (Ch. Duquoc, Cruz de Cristo y sufrimiento humano, Concilium 119 (1976) 403-414).

En Cristo el sufrimiento “ha sido unido al amor! (Salvifici Doloris n° 18), esto quiere decir que sólo es posible sacar algún sentido al sufrimiento: cuando nace por la fidelidad al amor y cuando se vive en el amor y la donación –a pesar de que el principio de conservación incita a sólo pensar en uno mismo cuando se está en necesidad o peligro-.

El aspecto positivo del sufrimiento nace del “¿por qué o por quién se sufre?”. Desde aquí se puede alcanzar una verdadera construcción de la persona: “Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros” (Col. 1,24).

2.3.3. *Evangelizar la experiencia humana del sufrimiento*

✧ El destino del hombre no es sufrir, a pesar de que el hombre histórico esté inexorablemente abocado al sufrimiento. El Dios de Jesucristo llama al hombre a la “felicidad”, a la paz, al

gozo de vida disfrutada –Yo soy la Vida (Jo.11, 25)- y el camino del hombre es una inquieta búsqueda de la dicha. ¡Cuánto menos se sufra, mejor para el hombre y para Dios!

✧ El sufrimiento, la enfermedad y la muerte son un mal que no puede ser disfrazado de ningún modo, salvo pena de alineación y deshumanización. Son un mal tan grande que de ellos nacen la gran cuestión e interrogante de la existencia, que desemboca en el sin-sentido y en el misterio de la vida humana. “Ante la actual evolución del mundo son cada día más numerosos los que se plantean... las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsiste todavía? (Vat II, GS 10).

Ante el sufrimiento “aparece inevitablemente la pregunta ¿por qué?, en definitiva, acerca del sentido”. (Salvifici doloris 9). La respuesta no debe ser trucada, ya que no es posible darla: “el sufrimiento del inocente debe ser aceptado como un misterio que el hombre no puede comprender a fondo con su inteligencia” (e.l. n° 9). Tampoco se pueden dar respuestas fáciles desde la fe. Si hay algún atisbo de respuesta al sentido del sufrimiento no se puede encontrar en abstracto, sino desde la experiencia de lo que acontece en el interior del hombre cuando es capaz de vivir constructivamente su situación de enfermo.

✧ Sin embargo, ya que el sufrimiento es un hecho, es posible vivirlo humanamente, positivamente. La evangelización del enfermo ha de mirar a ayudar a vivir de un modo constructivo la experiencia del dolor ¿cómo?

- *Agudizando la conciencia de ser humano*: la limitación y la muerte nos pueden ayudar a tener una mayor conciencia de sí, como ser finito. Tener esta conciencia de sí es condición indispensable para poder llegar a una madurez personal. “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” (II Cor 12, 10).

- *Asumiendo, con entereza y temblor, el destino humano*. Somos quienes somos y como somos. Aceptar con agradecimiento el ser, aun limitado, que siempre es mejor que la nada. (Teniendo en cuenta que este “ser ahora así” es la gran oportunidad del hombre para construir su vida. “No tengáis miedo de los que matan el cuerpo, pero no pueden matar la vida” (Mt. 10,28).

- *Capacitándose para el encuentro con Dios como un compañero silencioso*. Es el momento justo en el que, como en ningún otro de la vida, Dios es la presencia ausente, la palabra silente, la cercanía lejana, el hallado perdido, la fuerza impotente. En la vida de cada enfermo se hace patente el Dios de la Cruz: ¡tan comprometido con la historia del sufrimiento del mundo y tan callado!

- *Preparándose para consumir la acción fundamental de la existencia en la muerte*: acabando la vida como un acto de donación, de entrega, de confianza total, de vaciamiento en los otros y en Dios. Solamente el amor vivido en medio de la enfermedad puede dar sentido a ésta y sólo el amor, la donación, puede dar un sentido tal a la muerte, que puede ser transformada en el “acto vital por excelencia”. “Me amó y se entregó por mí”, es el lema de la vida hasta la muerte (Gal. 2, 20). “ El amor es también la fuente más rica sobre el sentido del sufrimiento, que es siempre un misterio... Esta respuesta ha sido dada por Dios al hombre en la Cruz de Jesucristo”. (Salvifici Doloris, n° 13).

Los que “han nacido de nuevo” (Jn 3,3 ss.) y han vivido el gran mandamiento de “amar como yo os he amado” (15,12), saben que hay que “amar hasta el fin” (13,1) y que “no hay amor más grande que dar la vida” (15, 13). Toda la vida, también con sus dolores y hasta en la

muerte, es un camino para llegar a esta realidad. Por eso la enfermedad y la misma muerte es lo que más se asemeja, si se vive como donación, a un alumbramiento. “Sabemos bien que hasta el presente la humanidad entera sigue lanzando un gemido universal con los dolores de su parto..., gemimos en lo íntimo a la espera de la plena condición de hijos, del rescate de nuestro ser, pues con esta esperanza nos salvaron” (Rom. 8, 22-24).

En la enfermedad nos podemos ir acostumbrando a alumbrar la confianza radical en Dios y a entregarnos a él y a los demás, lanzándonos al vacío del que se pierde por amor. “El que pierda su vida por mí, la conservará” (Mt 16,25). Así nos preparamos para el acto vital por excelencia que se plenifica en una muerte asumida y realizada como donación. “y, reclinando la cabeza, entregó el Espíritu”. (Jo. 19,30).

Así se realiza la solidaridad con la vida, la muerte y el logro de Jesús. “Quiero así tomar conciencia de la persona de Jesús, de la potencia de su resurrección y de la solidaridad con sus sufrimientos, reproduciendo en mí su muerte para ver de alcanzar cómo sea la resurrección” (Fil. 3, 10-11).

Cuando se vive como persona entregada y confiada y se mantiene este espíritu en medio de la enfermedad, se puede alcanzar, también en este estado, la paz, el gozo profundo, la intensidad vital, la maduración de uno mismo. “A través de los siglos y generaciones se ha constatado que en el sufrimiento se esconde una particular fuerza que acerca interiormente el hombre a Cristo... (el hombre) halla como una nueva dimensión de toda su vida y de su vocación... Cuando este cuerpo está grave, totalmente inhábil y el hombre se siente como incapaz de vivir y de obrar, tanto más se ponen en evidencia la madurez interior y la grandeza espiritual, constituyendo una lección conmovedora para los hombres sanos y normales” (Salvifici Doloris nº 26).

Conferencia pronunciada el 29 de Abril de 1986
en las Jornadas Preparatorias del Día del Enfermo, celebradas en Madrid.



Beato Lolo